

Hawking en el bolsillo.

Anastasio Rojo Vega

¿Quién no ha oído hablar de Stephen Hawking?, de ese que dicen es, tal vez, el mayor sabio de estos tiempos, aunque paralítico; de ese que es llevado a las conferencias echado sobre una silla de ruedas como ropa de lavadora antes de ser puesta en el tendedero; de ese que solamente puede hablar a través de una máquina generadora de voz. Todos tenemos en la cabeza la imagen penosa del padre de la radiación de Hawking, experto en agujeros negros y teoría de la relatividad por placer, y en esclerosis lateral amiotrófica por desgracia.

Pues el mundo quiere ahora que los profesores hagamos sabios semejantes, Einsteins, de cada uno de los alumnos puestos en nuestras manos, con los estilos nuevos del llamado plan de Bolonia ¿Por qué? Porque se da por supuesto que a los muchachos y muchachas de hoy en día les es más fácil saber lo que es la susodicha radiación de Hawking y el bosón de Higgs, por poner dos cosas aparentemente enrevesadas, que aprender a jugar a las canicas o a la peonza.

No se les ha ocurrido pensar en ello, pero llevan en su bolsillo la biblioteca de Alejandría entera, pueden, si quieren, leer aquel libro de Ptolomeo por el que los sabios del XIII hicieron viajes penosos hasta Toledo. Todo está en su bolsillo, en su móvil, en su tablet, la distancia que hay entre la Tierra y la Luna, el número de gotas existentes en el océano y la explicación de la Santísima Trinidad. En acumulación de conocimientos son – su móvil – cada uno más que Aristóteles, Newton y Leonardo da Vinci juntos. Puesto que lo tienen todo, memorizar no sirve para nada. Los profesores debemos enseñarles a usar esos conocimientos para que de ellos extraigan otros nuevos y mayores. Enseñarles a sacar provecho de lo que el mundo les ha regalado, ha puesto en sus manos y en su móvil sin esfuerzo; empezando por el joven al que cogió el toro en los encierros de Laguna de Duero, por perder, por culpa del bendito móvil, las nociones de espacio y de tiempo.